



4€

ΟΜΗΡΟΥ ΟΔΥΣΣΕΙΑ

ραψωδία γ'
ΙΕΡΗ ΡΑΨΩΔΙΑ

Ο Τηλέμαχος στην Πύλο.
(Από τη λίμνη Καϊάφα της Ηλείας
μέχρι την Πελλάνα της Λακωνίας).

ΜΕΤΑΦΡΑΣΗ
ΝΙΚΟΣ Φ. ΡΑΜΠΑΝΗΣ
ΜΕΝΤΩΡ



Μέρος της σειράς με γενικό τίτλο: ΚΕΦΑΛΛΗΝΙΑ
Η Αποκάλυψη της Ομηρικής Ιθάκης
του Νικολάου Γ. Λιβιάδα Τουμασαάτου

Rapsodia y'

Y escalando entre montañas dejó el bello lago y se encaramó el astro Sol al cielo, que atezaba como el cobre para alumbrar con su fulgor a los inmortales y a los mortales, los moradores de esta tierra viva, cuando llegaron a Pilos, la ciudad de Neleo, de construcción altiva. 5
Y aquellos sobre las dunas de la arenosa playa practicaban rituales en honor al Melanotrix que agita la tierra con azabaches erales. Cabían quinientos hombres en cada uno de los nueve bancales. Y cada grada aportaba como ofrenda de participación nueve animales. Se repartían las entrañas y, al acabar sus fémures, iban quemando por los dioses cuando entró la nave rectilínea sus velas arriando. 10
Así la levantaron, amarrándola sobre pilones. E iban desembarcando. Raudó, Telémaco saltó de la cubierta mientras Atenea iba adelantando. Y dirigiéndose primero a él, la diosa Atenea la de ojos garzos le dijo: «Telémaco, deja ya de avergonzarte y olvídate de actuar como un canijo, pues ya has surcado el océano con este deseo de seguir buscando a tu padre, dondequiera que esté, en tierra extraña o quizás finado. Mas corre ahora sin demora hacia Néstor de los caballos domador para saber su parecer y que te guarda en su pecho consejos de valor. A suplicarle debes para que los acontecimientos todos te cuente en persona, pues carece de mentiras y es muy serio y muy prudente». 15
Y sin dudar, Telémaco se volvió a ella y le contestó seriamente: «Méntor, ¿cómo quieres que vaya? ¿Cómo postrarme frente a él? No tengo experiencia ni labia de palabra para que este me dé cuartel, pues vergüenza le da a un jovenzuelo interrogar a un anciano». Entonces, la ojigarza Atenea se giró y le dijo con reclamo: 20
«¡Oh, Telémaco! Seguro que al final esa cabecita algo pensará. Y si no, que el propio demonio de tu interior te lo dictará, pues no creo que hayas nacido y criado sin la divina Providencia». Y mientras Palas Atenea le reclamaba, pues se adelantaba por inercia, entonces aquel con prontitud seguía de la diosa las señales. 30
Así, llegaron a la asamblea de los hombres de Pilos en los bancales, allí donde Néstor estaba sentado por sus hijos y alrededor la camarilla preparaba la verbena asando carnes a espada y otros sobre la parrilla. Al atisbar a los extraños, curiosos aquellos acudieron y, al rodearles entre vítores y besamanos, les invitaban a sentarse en los bancales. 35
Primero, el Nestórida Pisístrato se acercó amistosamente. Y, cogiéndolos a ambos de la mano, los llevó hasta el banquete, ofreciéndoles junto a Trasimides, su hermano, una suave tendida esterilla a la vera de su respetable padre sobre la arenosa orilla. Y les repartió raciones de entrañas y les convidaba a vino en un grial de oro fino. Y mientras les invitaba a ellos, se volvió y dijo a la celestial Atenea Palas, la nacida de Zeus y por las cabras amamantada: 40
«Rézale ahora, oh forastero, a Poseidón, Dios soberano, no por nada. Es a su honor esa francachela que os habéis encontrado a vuestra llegada. Y cuando acabes con la libación y tus oraciones, como es tu carga, 45
cédele a él también después este cáliz de melindrosos vinos para derramarlo en libación, pues creo que también querrá a los divinos suplicar, siendo uno más de los mortales necesitados de los dioses. Aunque considerando que él es el más joven, de mi misma edad, por eso mismo a ti primero ese dorado y sacro cáliz debo dar». 50
Y al decirselo, le puso el cáliz de delicioso vino en su mano, por lo que se lo agradeció Atenea por ser un hombre justo y humano

y entregarle a ella primero sin pensar aquel cáliz dorado y almo.
Seguidamente, elevó sus plegarias al dios Poseidón el soberano:

«¡Oh, Poseidón, señor de esa tierra! Escúchame. No seas rencoroso
con los que deseamos que se lleve a buen fin designio tan hermoso. 55
A Néstor y a sus vástagos concédeles a los primeros que tengan virtud
y a los demás luego cólmelos, pues se lo merecen, gratitud,
a todos esos ciudadanos de Pilos que con estima sacrificios han ofertado.
Y a Telémaco compénsale como a mí, que tanto hicimos por venir a ese lado, 60
y haz que regrese con la nigérrima nave después de conseguir su cometido».
Una vez acabó su oración y el ritual en que se había ella sometido,
ofreció a Telémaco la preciosa copa, un bernegal de doble asidero.
Y de esa misma manera, correspondió al ritual el hijo amado de Odiseo.
En el momento en que acabaron el asado y lo retiraron abruptamente, 65
lo repartieron entre todos y se dedicaron a honrar aquel banquete.
Luego, cuando saciaron su hambre, hartos de comer y de beber,
salió el honorable caballero Néstor para hablarles del deber:
«Mejor es ahora el momento para interrogar y para preguntar correctamente
a los forasteros quiénes son, una vez han disfrutado del banquete. 70
Forasteros, ¿quiénes sois? ¿Desde dónde surcasteis los caminos del mar?
¿Estáis realizando misión alguna? ¿O vagáis sin rumbo al azar,
como aquellos piratas y bandidos que pierden su razón navegando
y sin motivo con los extraños actúan mal, ajenas vidas cobrando?».
A su merced, respondió Telémaco, armado de valor y mucho respeto, 75
pues la misma Atenea le infundió valentía y le dotó de arresto
para poder preguntarle por fin sobre la suerte de su padre ausente,
ya que llegó la hora de ser valeroso entre los hombres definitivamente.
«¡Oh, Néstor Neleida! Tú que entre los aqueos eres tan respetable,
me preguntas de dónde procedemos. Yo te lo voy a explicar al detalle. 80
Venimos desde Ítaca, que a las laderas del monte Noyo se extiende.
No es de dominio público, sino privada, mi petición que pende
de tu respuesta sobre la suerte de mi padre a quien ando buscando.
Odiseo, el divino del que deseoso estoy de oír noticias, pues a tu lado
dicen que en otros tiempos desarboló la ciudad de Troya plenamente. 85
Y de los demás que en la guerra de Troya participaron fielmente,
de todos he sido enterado donde perecieron cada uno amargamente.
Mas de él parece que ocultó el hijo de Crono su paradero y su suerte,
pues nadie por aquí sabe decirme dónde yace muerto. No hay testigo
de si en tierras extrañas ha caído bajo la espada de malvado enemigo 90
o en el ancho océano donde Anfitrite le guardó la tempestad como castigo.
Por eso, vine a inclinarme ante vos. Y de rodillas humildemente te digo
que me cuentes su amarga muerte, si es que por azar la vislumbraste
con tus propios ojos o alguna otra historia de alguien escuchaste
sobre sus andaduras, pues su madre, desventurado lo parió, parece. 95
Y no trates de endulzar tu relato por compasión ni por piedad. No lo merece.
Me tienes que contar los hechos como los viviste de verdad.
¡Te lo suplico! Si alguna vez hizo algo por ti Odiseo mi padre, por piedad,
en palabra u obra, y por ello le debes la promesa que le hiciste mientras tanto
cuando delante los muros de Ilión estabais sufriendo aquel espanto, 100
ahora es el momento de acordarte de él. Y fielmente contármelo quiero».
Y así le contestó respetuosamente luego Néstor, el glorioso caballero:
«¡Oh, amigo mío! Puesto que me recordaste la amargura que en la ciudad
esa tuvimos que sufrir los hijos de los aqueos de inquebrantable voluntad
holgazaneando en la nebulosa mar con las naves arriba y abajo sin fin 105
y con Aquiles liderando y pensando solamente en el suculento botín
y combatiendo por los muros de la gran ciudad de rey Priamo alrededor

sangrando. Allá donde cayeron tantos de los elegidos con dolor,
 donde yace Ajax, el ario guerrero, y Aquiles junto a él yace enfrente.

Y Patroclo allí también, el que era como los dioses igual condescendiente 110
 y donde mi hijo amado, el más valiente y de nobleza incomparable
 Antiloco, el más veloz en la competición y en el combate insuperable.
 Allá sí sufrimos tantas desgracias. ¿Quién diría que serían incontables?
 ¿Y quién de los mortales podría narrar aquellas cosas tan desagradables?
 Nadie sería de verdad capaz, por más que te empeñases cinco y seis años 115
 en preguntar lo que padecieron los divinos aqueos y cuántos sufrieron daños,
 pues antes te cansarías y volverías a tu patria tierra aburrido y hastiado.
 Durante nueve años socavamos su resistencia acechándoles demasiado,
 utilizando todas las artimañas hasta que el hijo de Crono puso fin al dolor.
 Nadie podría jamás superarle en picardía ni a parecersele en fulgor 120
 a ese divino Odiseo, puesto que ninguno podría tener rivalidad
 en astucias de todas las guisas con tu padre, si es que eres de verdad
 su descendiente. Sin embargo, es asombroso vuestro parecido y afinidad.
 Incluso tu habla es semejante. Aunque nadie afirmaría con seguridad
 Que todo eso corresponde a alguien tan joven por sabiduría y discreción. 125
 Tanto el divino Odiseo como yo nunca hemos discrepado sin razón
 sobre los acuerdos de la asamblea todo el tiempo que estuvimos juntos,
 sino que al unísono tomábamos decisiones sobre todos los asuntos,
 aconsejando a los aqueos cómo obrar mejor en cada caso.
 Después de que conquistásemos del Príamo el inexpugnable castro 130
 y en las naves embarcamos, a los aqueos dispersó la cólera divina.
 Entonces, el malpensado Zeus nos guardó una tornada viperina
 a todos nosotros, pues no todos eran razonables y compasivos.
 Por lo que directamente, a la muerte se dirigieron los argivos
 por causa del pomposo padre de la ojigarza y su ira indecente 135
 que entre los dos atridas sembró la discordia intencionadamente.
 Y esos a los aqueos, todos sin excepción, convocaron en asamblea
 neciamente, pues fue a deshora cuando el sol con el ocaso juguetea
 y los hijos de los aqueos acudieron con las cabezas pesadas de la melopea
 preguntando por qué diantres soliviantaban a la gente. ¿Con qué idea? 140
 Por su lado, Menelao animaba a todos los aqueos a recordar
 y a anhelar el regreso “volando” sobre la cresta de las olas del ancho mar
 mientras aquí y ahora quería Agamenón e insistía discordante,
 en convencer al pueblo de que procediese a una ofrenda rutilante
 para aplacar de esta forma de la diosa Atenea la incontenible ira. 145
 ¡Qué estupideces! Era en vano insistir en convencerla con la mentira
 pues es indomable la voluntad de los inmortales y su testarudez.
 Oyendo esas palabras agrias que intercambiaban esos dos a la vez,
 se rebelaron los aqueos de hermosas grebas las armas levantando
 y discutiendo a gritos alzándose la voz, divididos en cada bando. 150
 Estaban indignados bregando en discordia toda la noche en dos mitades,
 haciendo mala sangre entre ellos mientras Zeus les guardaba maldades.
 Por eso, con la aurora los unos hacia la mar las naves arrastramos
 y el botín y las ramerías cautivas, las anchovaginales, embarcamos.
 Y los demás, la otra mitad de la muchedumbre se mantuvo obstinado 155
 y firme al lado del atrida Agamenón, el pastor de pueblos llamado.
 Luego, embarcamos nosotros, nuestro bando. Y raudos hemos zarpado
 sobre las veloces naves pues la divinidad el fiero océano había calmado.
 Al llegar a Ténedos sacrificios y ofrendas a los dioses preparamos,
 pues volveríamos al hogar. Mas con la opinión de Zeus no contamos 160
 sobre nuestro regreso. ¡El miserable! Fue sembrar riñas otra vez.
 Así que algunos cambiaron el rumbo de sus moldeadas naves al revés.

Como los que estaban liderados por Odiseo —el experimentado y virtuoso—.
 Fueron a reforzar en aquel momento a Agamenón el atrida poderoso, 165
 y no me quedó otra que, con las naves armadas, las que me quedaban,
 alejarme, pues sospechaba todo lo que los demonios nos guardaban.
 Junto a ellos marchó con sus compañeros el hijo de Tideo, el valeroso.
 Mientras que junto a nosotros dos arrancó Menelao, el atrida pelirrojo
 pues larga y llena de obstáculos la ruta a Lesbos nos esperaba navegando.
 Dudamos si escoger, por encima de Quiós, la ruta del norte escarpado 170
 o dejar la isla a babor poniendo rumbo a la pequeña Psará por sotavento
 e incluso costear Quiós por el sur, donde Mimante rige al viento.
 Al Dios hicimos suplicas para que nos diese señales, pues lo merecíamos.
 Y él, con claridad nos señaló y ordenó que navegar a Eubea tendríamos
 por el medio del ponto. Así evitaríamos desgracias mayores. 175
 En seguida, un viento se levantó a favor y los navíos voladores
 surcaron la marítima avenida llena de peces para recalar en Gerestón
 de noche, donde muslos de toros colocaron, honrando a Poseidón,
 sobre las brasas, pues la travesía del mar nos pareció interminable.
 Amanecía el cuarto día cuando llegaron a Argos del indomable 180
 Diómides, el hijo de Tideo, las naves. Y amarraron él y su leal tropa
 allá, mientras nosotros navegábamos hacia Pilos con viento a popa
 pues parece que la divinidad nos lo envió para llegar los primeros.
 Desde que llegué aquí, hijo querido, nada sé de los otros guerreros.
 Ni de los que se perdieron ni de los vivos, pues aislado me quedé. 185
 Y si he podido enterarme de algo en este palacio encerrado te lo diré
 como es mi obligación, pues mereces saberlo todo. Nada te voy a ocultar.
 Cuentan otros que, los mirmidones del magnífico Aquiles lograron llegar
 felizmente, con sus letales venablos y liderados por su hijo incomparable.
 Igual de bien que el vástago de Peante, Filoctetes el honorable. 190
 Idomeneo, desembarcó en Creta con todos aquellos de sus compañeros
 que escaparon de la guerra y no los engulló el mar y sus derrocaderos.
 Sobre el atrida os habréis enterado, aunque os separa el camino,
 que cómo a su llegada le infligió indigna muerte, Egisto, su asesino.
 Empero, este mismo recibió por su crimen un castigo parecido, 195
 pues es de Providencia que en herencia deje un hijo comprometido
 cada hombre, para que se vengue del asesino de su progenitor,
 como aquel hizo con quien asesinó a su padre, Egisto el usurpador.
 Y tú, amigo mío, como yo te estoy viendo, hermoso y con don de gentes
 procura ser valiente para que te recuerdan y te loan tus descendientes». 200
 Telémaco tomando la palabra le respondió prudentemente:
 «¡Oh, Néstor Neleida, tú que entre todos los aqueos eres tan influyente!
 Si aquel obró con justicia vengándose y le otorgaron los aqueos
 la gloria y la razón para que perdure y la aprendan los venideros,
 ojalá, los dioses me dispensen a mí también la misma fuerza 205
 para poder vengarme del incordio de los pretendientes con firmeza,
 pues continuamente urden maldades sobre mí y me agravian, asimismo.
 Pero creo que los dioses no hilvanaron tal desquite para mí mismo.
 Ni por mi padre. Por eso ahora tengo que soportar tal insolencia».
 Y entonces, le replicó el honorable caballero Néstor con diligencia: 210
 «¡Oh, amigo mío! Lo que acabas de contarme me ha recordado
 que dicen por ahí que son muchos los “novios” que están aspirando
 a esposar a tu madre y en vuestro palacio maquinan perversidades.
 Dime pues si por un reproche de los dioses te sometes a sus voluntades
 o si los ciudadanos de tu propio pueblo te reprueban ciertamente. 215
 Y quién sabe si él se lo haría pagar todo con la peor muerte
 si volviese algún día, sea en solitario o con la de los aqueos compañía.

Espero que la de ojos garzos Atenea te quisiera más todavía,
tanto como a Odiseo, al que tanta nobleza dio y siempre le ayudaba
en Troya, donde hemos padecido mucho frente a los muros de la alcazaba. 220
Estoy convencido de que los dioses no han querido incondicionalmente
a nadie, como la Palas Atenea le resguardaba a él tan descaradamente.
Si se prestase a ayudarte a ti y a mimarte igual con toda su alma,
entonces que se preparen aquellos a olvidar las nupcias con la dama».
Tomó la palabra sin esperar Telémaco para contradecir: 225
«¡Oh, anciano! Yo no creo que tales predicciones se vayan a cumplir,
pues, aunque tus palabras son grandilocuentes y tanto me apenan,
no tengo fe de que vayan a suceder, por mucho que los dioses lo anhelan».
Entonces, intervino Atenea, la diosa ojigarza, y le dijo a regañadientes:
«Telémaco, ¿qué palabras son esas que se te escaparon entre dientes? 230
Si un dios desea salvar a un hombre, lo salvará. ¡Aunque sea desde la lejanía!
Y yo personalmente, aunque padeciese calamidades, preferiría
sin ninguna duda ver amanecer el día del regreso a mi casa amada
en vez de caer asesinado como Agamenón a la llegada a mi morada
en manos de Egisto y de su propia esposa en una emboscada. 235
Empero, de tal muerte ni siquiera los dioses son capaces de librarle
por mucho que le estimen, pues es escrito que venga a visitarle
el cruel destino al desgraciado que a muerte está condenado».
Telémaco, tomando la palabra de nuevo le respondió emocionado:
«¡Ay, Méntor! Mejor no seguir hablando, aunque fuera por respeto, 240
ya que aquel puede que no le quede camino de retorno, puesto
que los inmortales le asignaron desolación y un destino negro.
Sin embargo, lo que deseo ahora es interpelar al noble caballero
Néstor para que me conteste, pues es el que piensa más sensatamente
y lleva —como comentan— gobernado tres generaciones de gente, 245
de tal manera que me parece un inmortal cuanto más le contemplo.
¡Oh, Néstor Neleida! Ya nos narraste con detallado ejemplo
cómo murió el atrida Agamenón, el soberano y glorioso. Si bien,
¿dónde estaba Menelao? ¿Cómo consiguió acecharle quien
era muy inferior a él, el usurpador Egisto, y darle muerte? 250
O no sucedió en tierras de Argos, en Acaya, donde encontró la vil suerte,
sino en otra parte. Y el verdugo actuó cuando viajaba entre la gente».
Entonces, Néstor el caballero noble, le contestó seguidamente:
«Yo, por tu bien, hijo, te contaré toda la verdad pues así me lo pediste.
Aunque puedes imaginar qué hubiese ocurrido en aquel momento triste 255
y si al asesino Egisto vivo dentro del palacio hubiese encontrado
el rubicundo Menelao, el atrida, a su regreso de Troya indignado.
No habría ni una pizca de tierra húmeda para poder enterrarlo.
Sino, los perros y los buitres lo descuartizarían vivo para devorarlo,
arrojado lejos de la ciudad como rastrojo en un descampado 260
sin nadie que le llorase, ni siquiera las aquéadas, por el crimen perpetrado.
Y es que mientras nosotros escribíamos la historia allá en otras tierras,
este, aquí en Argos con sus caballos pastando en las laderas,
a la esposa del rey Agamenón con engañosas palabras corrompía.
Y aunque ella el adulterio al principio con todas sus fuerzas negaría, 265
aquella bendecida Clitemnestra, pues guardaba aún leales sentimientos
y además siempre un bardo le acompañaba en sus aposentos
que el atrida partiendo a Troya había procurado para que la protegiera.
Mas desde que la fatalidad de los dioses hizo que al final sucumbiera,
condujo entonces este al desdichado aedo a una isla abandonada 270
y allí le condenó a que lo devorasen los buitres en bandada
para luego llevarse a la mujer, pues ahora aquella estaba claudicando.

E hizo sacrificios a los dioses por esa dicha, huesos quemando
en el altar, entre otras ofrendas de tejidos y oro abundante,
por haberle hecho merecedor de tal empresa esencial e ilusionante. 275

Mientras, navegando nosotros juntos de Troya regresábamos,
el atrida y yo mismo, pues una gran amistad nos profesábamos,
al acercarnos al sacro cabo de Súnion próximo a Atenas,
Febo Apolo, al timonel de Menelao con un flechazo apenas
silencioso envió al otro mundo, tendiéndole una emboscada 280

mientras el timón de la nave con mano firme manejaba.
¡Pobre Frontis Onetórida, al que todos loaban sus habilidades
y reconocido era por su destreza de pilotar en las tempestades!
Así que él tuvo que entretenerse allí. Aunque el tiempo apremiaba,
pues enterrar a su compañero y rendirle honores deseaba. 285

Luego, tuvo que volver a navegar sobre un mar tormentoso
con sus sinuosas naves hasta llegar a Maleas, un cabo rocoso,
a toda vela. Pero entonces, el omnipresente Zeus su camino
entorpeció enviándole en la niebla vientos de huracán marino
y olas gruesas, monumentales como montañas levantó. 290

Y se dispersaron sus naves. Algunas arrastradas las lanzó
a Creta, donde habitaban cídones en ambas orillas del Yárdano,
y donde surge del mar un peñasco en un arisco páramo
yermo, en los confines de Górtyna dentro de un ponto neblinoso,
donde el Ostro levanta y arrastra su gigantesco oleaje rabioso 295

contra Festo, que, con otro peñasco, se defiende como rompeolas.
Y allí en estas inclemencias salváronse los hombres, quedando solas
las naves en la cruel catástrofe. Luego, se aplastaron contra las rocas
empujadas por las olas. Cinco de esas naves con el rey, cianoproas,
las mandaron lejos, a Egipto, el viento, el agua y las corrientes. 300

Y aprovechóse este para amasar allí oro y riquezas suficientes
que con sus naves y sus guerreros sustraía de hombres infieles,
mientras en su ausencia, en el palacio, Egisto tramaba actos crueles,
llegando a reinar siete enteros años la esplendorosa Micenas,
asesinando al otro atrida y esclavizando a sus gentes por las buenas. 305

Mas por su desgracia, el octavo año, su hijo Orestes el iluminado,
llegó de repente desde Atenas y al parricida Egisto ha eliminado,
aquel que con dolo a su padre afamado había vilmente aniquilado.
Y después de darle muerte a los argivos frente a su sepulcro, ha invitado
a un banquete por las exequias de su cruel madre y del cobarde Egisto 310

el mismo día que con júbilo el valiente Menelao arribaba de improviso
trayendo regalos numerosos, tantos como cabían en las naves.
Y tú, como amigo te lo digo, lejos de tu palacio tu posición no agraves
peregrinando por allí y dejando en manos de esos hombres tus caudales,
de esos arrogantes, no sea que te dilapiden la fortuna entre otros males 315

y después de repartirse tus riquezas resulte tu viaje hasta aquí en vano.
Empero, te suplicaría que vayas al encuentro de Menelao
y te alentaría a hacerlo, pues él hace poco que ha vuelto de allá,
de tierras de otras gentes de donde pocos esperaban regresar ya,
que, si es que no te arrastrasen primero las tempestades, 320

es un océano tan grande e imponente que ni siquiera las aves
encontrarían en un año las huellas para volver, pues es atroz, desmesurado.
Pero ahora márchate con tu nave junto a tus compañeros navegando.
O si prefieres ir por tierra, tienes preparado el carruaje y los caballos.
Y también en ese caso mis hijos te acompañarían como si fueran tus ayos 325

hasta la bendecida Lacedemonia, donde se halla Menelao el rubicundo.
Y cuando llegues, suplícale con todo tu ser que sea rotundo.

Y no pienso que te engañe, pues es sincero y nunca miente».
 Cuando acabó de hablar, se puso el sol y llegó la oscuridad rápidamente.
 Y la diosa Atenea de ojos garzos entonces tomó la palabra y dijo: 330
 «¡Oh, anciano! Todo eso lo has relatado perfecto, sin revoltijo.
 Por tanto, es hora de cortar las lenguas y convidar con vino
 para ofrecerle a los demás inmortales y al Poseidón divino
 libraciones. Y después de eso retirarnos a disfrutar del sueño,
 pues la luz se está ocultando detrás del ocaso y no es de empeño 335
 quedarnos sentados más en el celestial banquete, sino irnos a casa».
 Así habló la hija de Zeus. Los demás asintieron todos en masa.
 Y para todos ellos, trajeron los heraldos agua —viértanse en las manos—
 y hombres jóvenes llenaron hasta arriba los bernegales lozanos
 para entre ellos repartir empezando por los cálices consagrados. 340
 Arrojaban lenguas al fuego y las ungían desde arriba aupados.
 Y cuando se terminó la libación y bebieron con toda su alma,
 entonces apareció Atenea y después Telémaco con su divina calma.
 Ambos se desplazaban hasta las bodegas de su nave andando
 cuando Néstor los retuvo regañando, su descuido recriminando: 345
 «Zeus no lo quiera y que me perdonen todos los dioses inmortales
 por dejaros ir a dormir a la bodega de la nave, en sus bancales,
 como si yo fuera un pordiosero y desprovisto de atuendos
 que no tiene ni mantos en su casa ni sábanas ni remiendos
 o una yacija confortable para que descansen los invitados. 350
 Pues sí que dispongo de sábanas y de mantos delicados.
 Indispensable es que de tal hombre como Odiseo el hijo querido
 se acostase sobre los bancales de una nave mientras yo sigo vivo.
 Y están mis hijos, que aparte aguardarán en este palacio austero
 por si hubiera que hospedar en sus aposentos a cualquier forastero». 355
 Y Atenea la divina ojigarza se dirigió a él y le habló pausado:
 «¡Estupendo, estimado anciano! Por lo que dices, es lo adecuado
 convencer a Telémaco, que quizás eso sería lo más conveniente.
 Y que este os acompañe ahora para dormir allí serenamente,
 pues yo prefiero dirigirme a la nave negra y no a vuestros aposentos 360
 para animar a los compañeros y contarles los acontecimientos.
 Porque yo entre todos me enorgullecía de ser el de más edad,
 mientras que los otros jovenzuelos nos han seguido por amistad,
 todos igual de jóvenes que Telémaco, el tierno y bondadoso.
 Así que me voy ahora a la bodega de la nave negra a ver si reposo, 365
 pues luego al amanecer partiré hacia los compasivos caucones,
 donde me deben un favor y han de cumplir con sus obligaciones.
 Nada nuevo. Tampoco de poco peso. Y a él, que ya lo tendrás contigo,
 envíalo por tierra en una cuadriga. Y a alguno de tus hijos de testigo
 con unos ligeros caballos, alados y veloces, los más resistentes». 370
 Gritóse todo eso antes de alejarse Atenea la de ojos celestes
 y se echó a volar igual que un pigargo cegándoles con su fulgor.
 Y el anciano, con admiración por lo que sus ojos vieron, con ardor
 tomó las manos de Telémaco y, mentándole, se explicó sonrojado:
 «Amigo mío, sería absurdo pensar que pudieras ser cobarde o malvado 375
 si tú siendo tan joven pueden tantos dioses ser tus consejeros
 y no uno cualquiera de los que habitan el Olimpo y sus fueros,
 sino la propia hija de Zeus, la diosa trigeneracional, la muy elogiada
 quien de entre los argivos a tu soberbio padre más apreciaba.
 Mas ten compasión, mi Soberana, y cólmame de gloria esplendorosa 380
 a mí e igual que a mis hijos y a mi dulce y virtuosa esposa,
 pues sin demora sacrificaré por ti un buey cerril de testuz cejjunta,

uno de los que nunca consiguió poner el hombre formando yunta.
 Uno de esos yo sacrificaré después de recubrir con oro sus cuernos».

Al concluir esta suplica, le escuchó Palas Atenea al menos, 385
 y el caballero honorable Néstor precedió, yendo delante,
 a sus hijos y a sus yernos camino a su palacio preponderante.
 Y cuando llegaron a aquel afamado palacio del patrono,
 se aposentaron en los ordenados bancos y alguno en el trono.

Mientras, el anciano de bienvenida llenó la cratera e invitaba 390
 a los huéspedes con vino dulce de aquel que once años fermentaba
 y que la fiel dispensera en aquel momento había destapado.
 De este vino derramó en las copas el anciano y a Atenea emocionado
 honraba con libaciones, a esa la hija de Zeus, el amamantado por cabras.

Cuando por fin acabaron con la bebida y con las ceremonias largas 395
 con toda su alma, se retiraron los demás cada uno a su aposento.
 Mientras, a él invitó a dormir el noble anciano Néstor, atento
 por ser el joven Telémaco del divino Odiseo el hijo adorado,
 en un esculpido lecho fino bajo el atrio de columnatas animado

al lado de Pisítrato, el aguerrido líder y guardián de sus guerreros, 400
 el único soltero de sus hijos que vivía en palacio sin herederos.
 Él mismo se acostó en la estancia de alto techo al fondo en un rincón,
 donde le arregló su esposa la soberana un lecho y un jergón.
 Y nada más amanecer y asomar la aurora con sus rayos carmesí,
 se levantó Néstor, el caballero noble, de la cama y, con vigor, así 405
 salió del cobertizo y fue a sentarse en unas rocas talladas
 que había allí delante de palacio, de las puertas elevadas.
 Eran blancas pulimentadas con aceite, pues en estas se sentaba
 en otro tiempo el juicioso Neleo, el que a dioses se asemejaba.

Había ya descendido de entre los muertos vencido por el azar, 410
 y desde entonces Néstor, el noble defensor de aqueos heredó su sillar
 y su cetro. Y se despertaban a la vez sus hijos y acudieron al patio
 desde los aposentos y se pusieron a su alrededor Ejeífron, Estrátio
 y Perseo, pero también Áreto y el mayor Trasímedes el supremo.

Y detrás de aquellos, llegó el paladín Pisítrato el sexto, el postremo. 415
 Y con todos ellos, el divino Telémaco, que caminaba a su lado.
 Entonces, el noble Néstor se dirigió a ellos hablándoles pausado:
 «No pierdan el tiempo, hijos queridos, para trasladar la ofrenda
 a Atenea, primera entre los dioses, y por pleitesía ponerle enmienda

por habérseme aparecido de cuerpo presente en medio del banquete. 420
 Y que alguien de vosotros se traslade al valle inmediatamente
 para que elija bien y que nos traiga su mejor becerro el vaquerizo.
 Otro que se desplace al del magnánimo Telémaco el barco bermejizo
 y que nos traiga a todos sus compañeros dejando a dos huestes.

Y un tercero que reclame apresuradamente al orfebre Laerces 425
 para que venga aquí a revestir las astas del becerro con oro.
 Los demás que se queden aquí en alerta y que estén al loro.
 Y avisad a los sirvientes de que vengan desde los aposentos a preparar
 el festín, trayendo asientos y bancos de madera y agua del fontanar».

Al pronunciarse así, todos se aplicaron a obedecer. Y llegó el becerro 430
 desde el valle. Y arribaban desde la nave amarrada en el varadero
 los compañeros del magnánimo Telémaco. Y llegó el artesano
 cargado con útiles de su arte de orfebrería. Portaba en la mano
 un martillo, un yunque y una tenaza de lumbre propia de herrero.

Y con todos esos artificios trabajaba el oro con esmero. 435
 Y vino Atenea para asistir al ritual. Y Néstor, el anciano gran caballero,
 le entregó el oro. Y aquel seguidamente cubrió las astas del ternero,

revistiéndolo para el goce de Atenea en cuanto viese la ofrenda.
 Y de los cuernos, Estratio y el divo Ejéfron conducían por su senda
 al cabestro. Y Áreto traía agua bendita de rosas en un caldero 440
 desde los aposentos. En la otra mano, cebada en un panero
 llevaba. Presto, además, esperaba Trasímedes con un machete
 afilado en las manos para descuartizar el ternero decididamente.
 Perseo sostenía el cáliz sagrado. Y empezó Néstor el noble anciano
 acercándose, derramando el agua bendita y la cebada con la mano, 445
 suplicando a Atenea y arrojando pelo de su cabeza al fuego.
 Y cuando acabó de implorar y de esparcir la cebada pues, luego
 el hijo de Néstor Trasímedes, el de corazón valeroso y noble,
 estimulado se acercó y, con una estocada, cortó con el mandoble
 los tendones de la nuca, venciendo la furia del becerro. Y medrosas, 450
 gritaron al avistarlo las hijas y las nueras y la respetuosa esposa
 de Néstor, Eurídice, la hija de Clímeno la primogénita nacida.
 Y entonces, todos juntos levantaron del suelo la vaquilla herida,
 que sujetaban para que el jefe de la guardia Pisístrato la degollase.
 Al cesar de brotar la sangre negra y su alma el cuerpo abandonase 455
 y quedose sin gota, desangrado, cortaron los fémures del becerro
 y les ungieron la piel con sebo con mucho cuidado y esmero
 elaborando redaños que aplicaban sobre ellos cuidadosamente.
 Y el anciano, quemando sobre ellos una astilla encendida, vierte
 vino tinto sobre ellos. Al lado, los jóvenes portaban útiles y espetones. 460
 Cuando quemáronse las fibulas y gustaron de las entrañas, porciones
 tajaban después de la carcasa y las ensartaban por ambos lados,
 asándolas a la estaca sosteniendo con las manos los hierros afilados.
 Y mientras tanto, a Telémaco llevó a asearle la hermosa Policasta,
 del noble Néstor la hija ultimogénita, del glorioso Neleo la casta. 465
 Y al bañarlo y con oleaginosas esencias lo hubo perfumado,
 le vistió de su cuerpo alrededor túnica y manto delicado.
 Y se asemejaba a los inmortales según asomaba del caldero
 yendo al lado de Néstor, pastor de pueblos, a sentarse primero.
 Fue entonces cuando retiraron del fuego la carne ya asada 470
 y se pusieron sentados a degustarla, mientras la muchachada
 de elegidos jóvenes vertían vino dentro de cálices dorados.
 En cuanto acabaron de beber y de comer todos saciados,
 entonces tomó la palabra y les dijo Néstor, el anciano de noble linaje:
 «Hijos míos, conducid a Telémaco a los caballos de hermoso pelaje 475
 y aunarlos a la cuadriga para que pueda proseguir su viaje».
 Así habló, y ellos con entrega y certitud, recibieron su mensaje,
 enyugando los veloces corceles rápido a las bellas cuadrigas.
 La gobernanta les llenó el carro con vino y con pan de espigas
 y con asaduras, como a reyes hijos de dioses corresponde. 480
 Seguidamente, subió Telémaco al carro esplendoroso, donde
 a su lado se colocó Pisístrato Nestórida, custodio de la guarnición,
 que, tomando las riendas del carruaje en sus manos con tesón,
 ha fustigado los corceles para que se lancen volando instintivamente
 hacia el valle, dejando atrás Pilos, la ciudad prominente. 485
 Mantenía el ritmo durante todo el día unida por el yugo la yeguada.
 Y cuando por fin el crepúsculo llegó y llenó de sombras la cañada,
 llegaron a Feres, donde estaba de Diocles el palacio aqueo,
 del hijo de Oríloco, que había nacido por el río-dios Alfeo.
 Allí pasaron toda la noche, descansando bajo su hospitalidad. 490
 Nada más amaneció y asomó la aurora con sus bermejós rayos,
 armaron los polícromos carruajes apareando los caballos.

Y así, se alejaban del animado palacio cruzando los propileos, fustigándolos con el látigo para lanzarse volando sin rodeos. Hasta que apareció el valle de espigas, de donde arrancaba el ascendente sendero que sufrió para pasar la veloz yeguada, cuando ya se ponía el sol y las sombras cubrían la cañada.